

neros, y obsequiamos á Teimotú, á Kahumanú y á sus cortesanos con ginebra y otros refrescos.

La excelente reina todavía no se consuela de la pérdida de Menzies. Para honrar la memoria de este querido amigo nuestro se ha clavado en el cuerpo un colmillo de tiburón, y aun no está del todo cicatrizada su herida.

Davis, el fiel depositario de Haimatocara, pronunció conmovedora oración fúnebre, en que, después de bosquejar rápidamente la historia del demasiado célebre insecto, se extendió acerca de la fragilidad de las cosas humanas. Los marineros más endurecidos no han podido contener sus lágrimas, y Davis, ensayando á intervalos un aullido adecuado á las circunstancias, ha provocado de parte de los indígenas de O-Wahú aullidos análogos, aunque mucho más espantosos, lo cual realzó en sumo grado la dignidad de tan imponente ceremonia.

Recibid &.,

El capitán Bligh.

CONFESIÓN HALLADA

EN UNA

PRISION INGLESA

EN TIEMPO DE CARLOS II.

[POR CARLOS DICKENS]



TUVE el grado de teniente en el ejército de Su Majestad, y serví en el extranjero durante las campañas de 1677 y 1678. Firmado el tratado de Nimega, volví al país y, dejando el servicio me retiré á una modesta propiedad territorial distante pocas millas de Londres hacia el Este, y que por herencia había adquirido mi esposa.

Ésta es la última noche que debo vivir, y consignaré aquí la verdad desnuda sin disfraz. Nunca fuí un hombre digno, y desde mi niñez tuve índole retraída, desconfiada y malévola. Hablo de mí mismo como si hubiera ya partido del mundo, porque mientras escribo están cavando mi sepulcro y se inscribe mi nombre en el negro libro de la muerte.

Poco después de mi regreso á Inglaterra,

mi único hermano contrajo una enfermedad mortal, lo cual poca ó ninguna pena me causó, porque desde que fuimos hombres raras veces nos habíamos juntado. Era él, de corazón franco y generoso, mejor parecido y dotado que yo, y generalmente querido. Las personas que en calidad de amigas suyas solicitaban mi trato en el extranjero ó en el país, poquísimas veces le cultivaban largo tiempo, y generalmente desde nuestra primera conversación se manifestaban sorprendidas de hallar hermanos tan desemejantes en físico y maneras. Costumbre mía era inducir las á hacer tal confesión, sabiendo muy bien qué género de comparaciones ensayarían entre nosotros; y porque, abrigando yo, como abrigaba, rematadísima envidia, buscaba el medio de justificarla á mis propios ojos.

Nos habíamos casado con dos hermanas; y esto, que á muchos podría parecer un nuevo vínculo, sólo sirvió para hacernos más extraños uno á otro. Su esposa me conocía perfectamente. Jamás en presencia suya batallaba con envidia ó rencor secreto sin que aquella mujer lo supiera como yo mismo. En tales ocasiones nunca alzaba mis

ojos sin encontrarme con los suyos, y si bajaba yo la vista ó la desviaba, sentía que ella me seguía vigilando sin cesar. Dábanme indecible alivio nuestras disputas y pendencias, y me le dió aún mayor en el extranjero saber que había muerto. Ahora me parece como si algún extraño y terrible pronóstico de lo acaecido después, se nos hubiera revelado entonces. Me asustaba é intimidaba ella, y su mirada fija y resuelta pesa aún sobre mí como el recuerdo de un mal sueño, y me enfría la sangre en las venas.

Murió poco después de haber dado á luz un niño. Cuando mi hermano enfermo comprendió que debía perder toda esperanza de recobro, llamó á su lecho de muerte á mi mujer y confió á su protección al huérfano, de cuatro años de edad. Dejóle todos sus bienes, y dispuso que si el niño moría pasaran á mi esposa, como la sola prueba de gratitud que podía darle por su cuidado y cariño. Cambió unas cuantas palabras fraternales conmigo deplorando nuestra larga separación, y sintiéndose fatigado, cayó en un sueño de que no debía ya despertar.

No teníamos nosotros hijos, y como ha-

bía reinado vivo afecto entre las hermanas y mi esposa se había anticipado á hacer veces de madre con el niño, le amaba cual si fuera suyo. El chico se le ligó apasionadamente; pero en cuerpo y alma era el retrato de la madre, y siempre desconfió de mí.

Apenas puedo fijar la época de la primera sensación; pero muy presto empecé á sentirme mal en presencia del niño. Nunca volvía en mí de cualquiera serie de pensamientos extravagantes sin encontrarme sus miradas, no de simple extrañeza ó admiración pueril, sino con algo de la intención y significación que á menudo había yo notado en la madre. No era esto preocupación mía dimanada de la semejanza estricta de facciones y de expresión. No podía ver de frente al niño. Me temía; pero al mismo tiempo parecía instintivamente despreciarme; y hasta en los momentos de retirarse esquivándose á mi examen—como acostumbraba hacerlo cuando estábamos solos y él se iba acercando más y más á la puerta—no despegaba de mí sus ojos.

Acaso me oculto á mí mismo la verdad; pero no creo que cuando esto tuvo principio, meditara yo hacerle daño alguno. Pue-

do haber pensado en lo muy bien que nos habría venido su herencia, y hasta puedo haberle deseado la muerte; pero creo no me vino idea alguna de procurársela. Tampoco me vino después, de un golpe tal idea, sino muy lentamente y por grados, presentándoseme al principio en formas muy nebulosas y á remotísima distancia, como podemos pensar en un terremoto posible, ó en el último día; en seguida dibujándose más y más de cerca y perdiendo algo de su horror é improbabilidad; después viniendo á formar una parte, más aun, la totalidad de mis pensamientos diarios, y resolviéndose en simple cuestión de medios y seguridad; no de obrar, ni de abstenerme del hecho.

Mientras esto seguía en mi interior su camino, me era insoportable que el niño me sorprendiera observándole, y, sin embargo, como por efecto de cierta especie de fascinación, me obstinaba en contemplar lo ligero y frágil de su estructura y en pensar cuán fácilmente se podría acabar con ella. A veces subía yo la escalera á observarle mientras dormía; pero más comunmente rondaba por el jardín, cerca de la ventana del cuarto en que estudiaba sus lecciones,

y desde allí, como él se sentaba en un banquillo al lado de mi esposa, le espiaba yo horas enteras detrás de un árbol; sobrecojiéndome, como un malvado miserable que era, á cada crujido y movimiento de las hojas, y volviendo á espiar y á sobrecojerme.

Cerca y á un lado de la casa, pero sin verse desde ella, y también fuera del alcance del oído si no hacía viento, había una sábana de agua de cierta profundidad. Emplé días enteros en labrar con mi navaja de bolsa un basto modelo de bote que, una vez acabado, dejé al paso del niño. En seguida me retiré á un lugar oculto, por donde debería pasar si iba él sólo á hacer flotar el juguete en el agua, y desde allí aguardé su venida. No apareció aquel día ni al siguiente, aunque le esperé desde las doce hasta la caída de la tarde. Estaba yo cierto de que le tenía en mis redes, porque le había oído charlar del bote; y sabía que en su pueril entusiasmo no se acostaba sin el juguete al lado. No sentí cansancio ó fatiga; seguí con toda paciencia vigilando, y al tercer día pasé cerca de mí el niño, corriendo alegremente, con su sedoso cabello tendido al viento, y cantando— ¡Dios tenga piedad de mí!— can-

tando una balada expresiva cuyas palabras apenas podía pronunciar.

Lancéme tras él, agazapándome detrás de los arbustos que por allí crecían, y sólo Satanás supo con qué terror yo, hombre fornido, rastreaba las huellas de aquella débil criatura, en tanto que iba acercándose á la orilla del agua. Llegué junto á él, y había doblado una rodilla y alzado mi diestra para empujarle al agua, cuando vió en ella mi sombra y volvió la cara.

El alma de su madre estaba en sus ojos. De repente se abrió paso el sol entre las nubes, brillando en el claro firmamento, en la lustrosa tierra, en las chispeantes gotas de lluvia sobre las ramas. Había ojos en todas partes. La luz universal estaba allí para alumbrar y ver la ejecución del asesinato. No sé lo que dijo el niño: su sangre se hizo varonil y atrevida, y, pequeño como era, no se intimidó ni abatió ante mí. Oíle gritar que procuraría quererme—no que me querría—y luego le ví correr hacia la casa. Un instante después, ví la espada desnuda en mi mano, y á él tendido y muerto á mis piés, salpicado de sangre á trechos, y, por lo demás, tal como le había visto dormido, y

hasta en la misma actitud, con la mejilla puesta sobre su manecita.

Toméle en mis brazos y le acosté—muy blandamente ahora que estaba muerto—entre unos matorrales. Mi esposa había salido ese día para no regresar sino al siguiente. La ventana de nuestro cuarto de dormir, único de aquel lado de la casa, quedaba á muy poca altura del suelo, y resolví bajar por dicha ventana en la noche y enterrarle en el jardín.

No pensaba en lo más mínimo en que pudiera malograrse mi intento, ni en que sería registrada el agua sin hallar nada en ella, ni en que se gastaría profusamente el dinero, puesto que yo debía divulgar y fomentar la idea de que se había perdido el niño ó le habían robado. Todos mis pensamientos se encerraban y anudaban en la absorbente necesidad de ocultar lo que había yo hecho.

Lo que sentí cuando vinieron á decirme que no parecía el niño, cuando despaché espías y mensajeros en todas direcciones, cuando temblaba sin respirar al acercarse á alguien, no hay lenguaje ni mente humana que puedan decirlo ni figurárselo. Enterré-

le aquella noche. Cuando aparté las ramas y ví hacia el oscuro fondo del matorral, brillaba una luciérnaga, como el espíritu patente de Dios, sobre el asesinado niño. Víle por última vez cuando ya le había colocado en la fosa, y aun brillaba en su pecho la luciérnaga; ojo de luz dirigido al cielo como pidiendo á las estrellas que me observarían en mi obra.

Tuve que encontrarme con mi mujer, que darle la noticia y que infundirle la esperanza de que presto sería hallado el niño. Supongo que hice todo eso con apariencias de sinceridad, pues no infundí sospecha alguna. Hecho esto, me senté en la ventana del dormitorio y permanecí allí todo el día, vigilando el lugar en que se ocultaba tan horrible secreto.

Estaba en una parte del terreno que se acababa de remover para cubrirle de césped nuevo, y había yo escogido el sitio considerando que en él llamarían ménos la atención los rastros de mi azada. Los operarios que ponían el nuevo césped deben haberme creído loco. Los acosaba continuamente para que expeditaran su labor, corría á ayudarles en ella, aplanaba el suelo con mis

piés, y los despedí con febril ansiedad. Antes de anochecer habían terminado su tarea, y me creí ya relativamente seguro.

Dormí, no como los hombres tranquilos y satisfechos, sino pasando de sueños vagos y sombríos en que se me perseguía y acorralaba como fiera, á visiones del jardín y del césped, á través del cual asomaban ya una mano, ya un pié, ya la cabeza misma. A esta sazón despertaba yo una y otra vez y corría á la ventana á cerciorarme de que no era real aquello. Hecho esto, me volvía á la cama, y así pasé la noche en paroxismos y sobresaltos, acostándome y levantándome más de veinte veces, y soñando siempre lo mismo, lo cual era mucho peor que permanecer despierto, pues cada sueño me causaba y repetía por completo el padecimiento y horror de toda la noche. Una vez soñé que el niño estaba vivo y que yo nunca había tratado de matarle. Despertar de ese sueño fué la agonía más terrible de todas.

A otro día me senté de nuevo en la ventana, sin quitar una sola vez los ojos del sitio que, aunque cubierto de césped, me era tan patente en su forma, su tamaño y profundidad, en sus disparejos flancos y en

todo, como si hubiera estado abierto en pleno día. Cuando pasó un criado sobre él, creí que se iba á hundir el hombre, é inmediatamente fuí á investigar si sus pisadas no habían desportillado los bordes. Si volaba por ahí un pájaro, me aterrorizaba la idea de que por cualquiera circunstancia viniera á determinar el descubrimiento; si soplabá una ráfaga de brisa me parecía que cuchicheaba sobre el asesinato. No había vista ó sonido por comunes é insignificantes que fueran siempre, que ahora no me causaran miedo, y en esta actitud de incesante vigilancia gasté tres días completos.

Al cuarto llegaron á mis puertas un veterano que había servido conmigo en el extranjero, y un oficial camarada suyo, á quien yo nunca había visto. Comprendí que me era imposible alejarme de la vista del sitio. Era una tarde de verano, é invité á mis huéspedes á tomar algún bocado y una botella de vino en el jardín. Me senté en una silla puesta sobre el sepulcro, y estando así seguro de que nadie podría tocarle sin conocimiento mío, procuré beber y conversar.

Expresaron ellos la esperanza de que mi esposa estaría bien; de que no por enferme-

dad permanecería en su recámara, y de que no la habrían intimidado las visitas. ¿Qué podía yo hacer sino repetirles con lengua tartajosa el caso del niño? El oficial á quien yo no conocía era hombre desdenoso, y mantuvo la vista en el suelo mientras yo hablaba. Aun esto me aterrorizaba, sin poder desechar la idea de que algo veía que debiera inducirle á sospechar la verdad. Atropelladamente le pregunté si suponía. . . y aquí me detuve.—“¿Que el niño haya sido asesinado?” dijo, mirándome al rostro: ¡Oh! ¡No! ¿Qué ganaría nadie con asesinar á una pobre criatura”? Nadie mejor que yo se lo podría haber explicado; pero me callé, y me estremeí como si tuviera calosfrío.

Equivocando la causa de mi emoción, trataron de halagarme con la esperanza de que sin duda alguna sería hallado el niño—¡Vaya un modo de tranquilizarme!—cuando oí un aullido grave y profundo, y en seguida saltaron de la cerca al jardín dos perros grandes que, olfateando y rastreando el suelo, daban nuevos ladridos.

—“¡Sabuesos!” exclamaron mis huéspedes.

¿Qué necesidad había de decírmelo? No había yo visto perros de esa especie en toda mi vida; pero sabía lo que eran y á qué venían. Me agarré fuertemente de los brazos de la silla, y ni hablaba ni me movía.

—“Son de raza pura,—dijo el hombre á quien yo había conocido en el extranjero,—y sin duda los sacaron á hacer ejercicio y se le escaparon al cuidador.” ¡Hermosos animales!”

Él y su amigo seguían viendo á los perros, que, acercando al suelo la nariz, se agitaban sin tregua en torno nuestro, corriendo de aquí para allá, de este lado y del otro, unas veces en círculo, otras en línea recta, como fieras enloquecidas, sin hacer en tanto el menor caso de nosotros; pero repetida y contiunamente alzando la cabeza y repitiendo el lastimero aullido que ya conocíamos, y volviendo á husmear y rastrear el suelo con avidez acá y allá y por todas partes, y con mayor energía; y aunque no parabau un punto, iban reduciendo el círculo de sus investigaciones y movimientos, acercándose á determinado sitio, y acertando constantemente más y más la distancia que los separaba de mí.

Al fin llegaron á los pies del sillón en que me sentaba, y dando nuevos y espantosos aullidos, trataban de mover y apartar las barras de madera que los separaban del terreno bajo mi asiento. Yo observaba los semblantes de los dos individuos que estaban allí conmigo.

—“Olfatean alguna presa,”—exclamaron ambos á un tiempo.

—“No olfatean ninguna presa” —re-puse.

—“En nombre del cielo, quitaos—dijo uno de de ellos, con demasiada vehemencia á mi juicio—ó vais á ser despedazado.”

—“Que me destrocen miembro por miembro,—grité.—No me quitaré jamás de este lugar. ¿Deben los perros precipitar á los hombres á una muerte afrentosa? ¡Muérganlos y háganlos trizas en buena hora!”

—“Algún misterio criminal hay aquí —dijo el oficial desconocido, desenvainando su espada.—En nombre del Rey Carlos, ayúdame á prender á este hombre.”

Los dos vinieron sobre mí, y me forzaron á levantarme, aunque yo luchaba y los agarraba y mordía como un lobo. Tras breve pugna, lograron sujetarme, y entonces ; Dios

mío! ví á los iracundos perros escarbar y descubrir la fosa....

¿Qué más hay que decir? Que caí de rodillas y, rechinándome los dientes, confesé la verdad, y pedí gracia. Que después negué el hecho, y ahora le confieso de nuevo. Que he sido juzgado, hallado reo y condenado. Que no tengo ni el valor de anticipar mi suerte, ni el de afrontarla de un modo varonil. Que no hallo ni compasión, ni consuelo, ni esperanza, ni amigo. Que mi esposa, afortunadamente esta vez, ha perdido las facultades que debieran hacerle comprender mi horrible desgracia y la suya. Que estoy entre estos muros á solas con mi ángel malo, y que muero mañana!

